

Peter Handke

La Gran Caída

Traducción de Carmen Gauger



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Der Große Fall*

Primera edición: 2014

Segunda edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Suhrkamp Verlag Berlin, 2011

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag, Berlin

© de la traducción: Carmen Gauger, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-977-6

Depósito legal: M. 8.454-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Uno
33	Dos
51	Tres
71	Cuatro
83	Cinco
105	Seis
129	Siete
147	Ocho
171	Nueve

Uno

El día que terminó con la Gran Caída empezó con una tormenta matinal. Al hombre del que se va a hablar aquí lo despertó el estallido de un formidable trueno. La casa, y con ella la cama, habrá temblado y vuelto a temblar durante un largo momento. Un momento: eso no era aplicable al hombre allí acostado, que se despertó sobreco-gido, mantuvo los ojos cerrados y aguardó el desarrollo de los acontecimientos.

Aún no llovía y por la ventana, casi totalmente abierta, tampoco se oía el viento. En cambio se sucedían los relámpagos. Éstos atravesaban los párpados cerrados del hombre con un intenso resplandor, y el trueno seco que venía después, a intervalos cada vez más cortos, reventaba con fuerza en los oídos. Se despertó sobreco-gido: eso tampoco era aplicable del todo al que allí estaba acostado. Ni siquiera parecía haberle sorprendido el estallido de la tor-

menta. Silencioso, seguía tumbado y dejaba que centellearan los relámpagos a través de los párpados y que le estallasen los truenos en la cabeza, como si fuera algo de cada mañana, algo de cada día; como si estuviera acostumbrado a que lo despertaran así; y no sólo acostumbrado sino también con derecho a ser despertado de esa singular manera. Los rayos y los truenos venían a ser una música que lo despertaba y que, de un modo tan súbito como natural, lo transportaba del sueño profundo a un estado de perfecta consciencia y a algo más: a una disposición; disposición a enfrentarse, a encarar, a intervenir. Por de pronto estaba tumbado en pleno tumulto y lo disfrutaba.

Tras el primer trueno casi se habría levantado de un salto para desenchufar la televisión, y la música, y todo eso. Pero en el mismo instante, tomó conciencia: no estaba en su propia casa, yacía en lecho ajeno. La localidad misma en la que había dormido era ajena, el país entero.

Desde hacía mucho tiempo había sido ésa la primera noche lejos del propio lecho, lejos de las habitaciones de siempre. Con los ojos aún cerrados, había extendido el brazo hacia la habitual pared de su cuarto, que luego no estaba. Había tocado en vacío. Y eso tampoco le asustó, sólo le resultó extraño hasta que cayó en la cuenta: pero si estoy de viaje. Salí de casa ayer. No me he despertado en mi cama pero tampoco en una cama desconocida.

Antes, la primera mañana que estaba en otro sitio, echaba de menos su casa. La misma tarde de su llegada al otro país, en aquel aeropuerto por ejemplo, miraba, como si le

doliera la separación, el panel que indicaba el primer vuelo de vuelta. Pero aquella mañana del día de su Gran Caída, la tierra extraña no sólo no le angustió un solo instante sino que al punto se encontró en ella como en casa. No quería volver a abrir nunca más los ojos.

El trueno y el rayo, el rayo y el trueno eran los que, ahora que se encontraba lejos de su casa, le acogían hospitalariamente. Y cuando fueron perdiendo energía y luego se retiraron, lo hizo la lluvia. De pronto, en el silencio que sigue a la tormenta, llovió a cántaros, un fragor continuo, uniforme y persistente. A resguardo de aquella tromba, el hombre seguía tumbado sin abrir los ojos. No podía pasarle nada. Ni aunque lo que allí ocurría fuera el diluvio universal: él estaba en el interior de un arca, estaba a salvo.

A su seguridad contribuía otro factor. Había dormido y se había despertado en el lecho de una mujer que le quería bien. ¿Que le amaba? Ella, ciertamente, se lo había insinuado una vez durante aquella noche. Pero él no habría estado conforme con verlo escrito aquí de modo tan literal. Me quería bien: eso era cuanto podía decir.

También él quería bien a la mujer aquella mañana, más intensamente aún que durante la noche, o más ampliamente, pero de otra manera. Había dejado la cama y la casa ya muy temprano, antes del amanecer, por su trabajo. Todo ello sin hacer apenas ruido, y él, adormilado, había sentido una gratitud como infantil; había sido, eso lo notaba en todo el cuerpo, la encarnación misma de la

gratitud. Jamás se lo habría podido decir a ella, pero cuando seguía con los oídos la brisa, cada vez más lejana, de su paso por las habitaciones de la casa, él estaba acostado y admiraba a aquella mujer.

Habría preferido considerarse más su admirador que su amante. Cuando ella lo llamó así una vez, llena de orgullo, eso le pareció, él –y no sólo porque ya no tenía edad para hacer de amante– había enarcado las cejas y dirigido la vista a otro lado.

Arropado por el aguacero de uniforme intensidad y sin viento, volvió a dormirse. Aunque no era poco lo que tenía por delante aquel mismo día y sobre todo el siguiente, le parecía disponer de todo el tiempo del mundo, y a la vez ser eso ya parte y comienzo de la confrontación que le aguardaba. Era un sueño tan ligero que el hombre se esfumaba en él. Si seguía personificando algo, era únicamente el sueño. En las películas, los actores, por muy auténticos que sean, cuando interpretan a personas que duermen, casi siempre resultan poco convincentes. Éste en cambio, aunque después de despertarse la primera vez permaneció por completo consciente, dormía de verdad mientras simulaba que dormía, y dormía y dormía, y simulaba y simulaba. Y cuando soñaba y para el espectador simulaba que soñaba algo, entonces otra vez sólo ese flotar y ese esfumarse. Era un sueño sin acción, en él no sabía volar, por ejemplo. Pero al parecer ese flotar en el sueño, al igual que el saber volar, tenía un significado. Pero lo había olvidado, como había olvidado mucho, definitivamente, en el transcurso de los años.

Éste es el momento de indicar que el hombre del que aquí se habla es, en efecto, actor. Muy joven había aprendido un oficio en el pequeño taller de su padre y, a menudo también junto con su padre, había revestido de azulejos suelos y paredes en los barrios periféricos, de población campesina, al noroeste de B. Aún se le veía eso, no sólo en las manos, y quizás se le notara aún más en los movimientos –dar a menudo un paso atrás, retroceder de espaldas, avanzar de nuevo–, en aquel mirar hacia abajo, en su modo de levantar la mirada, de pronto, tras haber mantenido fija largo tiempo la vista en el suelo, en cómo reducía la abertura de los ojos en escenas de algunas películas, sin ningún motivo, sin la menor afectación, sin haber aprendido a darle un sentido, como ocurre con otros héroes del cine. En él eso había pasado a ser, cómo se dice, la segunda naturaleza, ¿o, pura y simplemente, la naturaleza?

¿Cómo? ¿La historia de un actor, de la mañana a bien avanzada la noche de un único día? ¿Y de un actor, no en su quehacer, sino en su holganza? ¿Que uno así sea, de una manera u otra, el héroe de una historia, y sería además? No hay nadie más expuesto a riesgos, nadie que pise más fuerte que un actor, que uno como él. Nadie que, en la vida, sea más incapaz de interpretar un papel. Él, el actor, como «¡yo!», ese exceso de yo deficitario. Sin su trabajo de interpretación –cuando no actúa–, corriendo riesgos días y días. Uno así es épico, tiene también la pesantez de la tierra. Tal vez se pueda contar sobre él una historia como no es posible hacerlo sobre casi nadie más.

Sus primeros años de actor habían transcurrido en el teatro. Los escenarios eran pequeños, pero sus papeles siempre grandes, desde el principio. Y a pesar de su juventud, interpretaba casi únicamente a quienes no tenían edad, a Ulises, al ángel que acompaña y guía a Tobías durante el viaje de éste en busca de curación para su padre, a Otelo, con la cara sin embadurnar, al panadero de *La mujer del panadero*, que al final perdona y acoge de nuevo en su casa a la esposa adúltera, a Emil Jannings cuando se le escapa decir qué «horriblemente doloroso» es «estar al mismo tiempo vivo y solo». A héroes sin edad, o a débiles mentales, como el Benjy, en versión para la escena, de *El ruido y la furia* de William Faulkner, una representación en la que el minúsculo teatro de barrio, bajo la mirada lastimera del «inventario de la casa» –como se llamaba en tiempos a los retrasados mentales–, se trasmataba en el universo, o a casi-niños y, en general, a niños perpetuos, como Parsifal o Kaspar Hauser, en cuyo papel, a una madre que estaba por primera y, casi con toda seguridad, por última vez en el teatro, le había hecho recordar a su hijo expulsado de casa, un peón de albañil que vivía donde Cristo dio las tres voces, en una barraca; tanta pena le había dado su hijo allí, en la escena, que al punto viajó hasta él y se lo llevó con ella a casa, por algún tiempo. Él sólo se había negado siempre a interpretar a Fausto, aunque le habían instado a ello repetidas veces; y ante la perpetua actividad de aquél para alcanzar la salvación, ahora ni siquiera le quedaba su gesto de lanzar un escupitajo.

Con sus películas se había convertido en una estrella, sin que nadie, con ligeras excepciones, le reconociera por

las calles, que seguían siendo su elemento. Nada en él, figura, porte, movimientos, llamaba la atención, y, además, sabía hacerse invisible. En cualquier caso, tal era su convicción y hoy por hoy seguía siendo así. En las películas, en cambio, en cualquiera de ellas, quién sabe por qué, se le reconocía al momento, incluso en medio de la muchedumbre y situado al fondo, detrás de todos. Eso era cada vez algo distinto de un mero reconocer o identificar y no tenía que ver con la luz. O sí –pero no con la iluminación–, o sí. Ya en el primer enfoque se le podía olfatear, en lo bueno como en lo malo, en esto último aún más intensamente; uno no querría tropezarse con alguien así por la calle, ni siquiera en pleno día. Al comienzo de su carrera cinematográfica aún le comparaban: un Richard Widmark, con un toque aún más siniestro; un Marcello Mastroianni sin su marcada nacionalidad; un Francisco Rabal, que nunca fue joven de verdad. Más tarde bastaba él, tal cual.

Llevaba varios años sin trabajar, ni en el teatro ni en el cine. Seguía lleno de respeto por su oficio y, si no orgulloso, sí satisfecho y con un sentimiento de gratitud por el tiempo que lo ejerció, pero ya no se consideraba actor. Quien no vivía constantemente, incluso en sus periodos de ocio, día tras día, noche tras noche, con el problema, con el hermoso, angustioso, liberador, con el venturoso y angustioso problema de la interpretación no tenía derecho, en su opinión, a llamarse actor, una palabra que para él tenía un significado distinto del que tenía para muchos. La palabra, el nombre de «actor»: un sonido.

Dejar de actuar, eso no había sido una decisión tomada libremente. Por otra parte seguían ofreciéndole papeles, como si no hubiera pasado nada. Y quizá tampoco había pasado nada. Pero, como decía él, en un abrir y cerrar de ojos, de modo instantáneo, llegó a la convicción (de nuevo su «convicción»...) de que para un actor, y no sólo para uno como él, ya no había nada que representar, al menos en una película. Sin duda seguía habiendo papeles, muchos papeles –decía–, y no sólo los conocidos, los tipificados. Pero, según él, ya no había hechos que contar, y con hechos él no se refería a ese «conforme a un hecho verdadero», sino a revelación, ya fuese la revelación del rostro de una persona, como en los relatos fílmicos de Carl Theodor Dreyer, Robert Bresson, Maurice Pialat, John Ford, Satyajit Ray, o el manifestarse uno, el otro, uno más grande, el grande, en ti y en mí, o el mero manifestarse de un recién nacido en un moribundo, de un zapato vacío como metáfora de un mudo grito de muerte, de una cuchari-lla que cae de la mano, como metáfora de una caída mayor.

Se había puesto en camino la víspera, dejando su casa y su país, pero no expresamente por aquella mujer. Sino que al día siguiente, en la ciudad de ella y en sus alrededores, debía empezar de nuevo con una película, aparecer en una historia filmada. Trataba de uno que se marcha con ansias homicidas, primero sólo en la mente, pero después... Al leer el libro, el actor estaba casi seguro de que lo haría bien. Si no lo hacía el libro, él, con su actuación, su presencia, su porte, su mirada, contribuiría a

que esa historia abriera los ojos. Pero ahora, ciertamente, ya no lo tenía tan claro.

Durante esas elucubraciones se había levantado. El lecho vacío. En la ventana abierta, la lluvia. Viento, ninguno. Delante de la ventana, a distancia, los árboles de la linde de un bosque, una línea irregular. Delante, un jardín, más bien un prado, tan vacío estaba, sólo hierba de verano, alta hasta la cadera, pero a intervalos doblada o completamente aplastada por el aguacero. La ventana era más bien una puerta vidriera, con dos amplios batientes que casi llegaban al techo. La habitación pertenecía a una casa, solitaria, con siglos de antigüedad. Había sido en tiempos un pabellón de caza y ahora vivía en ella la mujer. Podía permitírsele, dirigía una empresa en la cercana capital: qué empresa o de qué género, él no quería saberlo, esa única información le parecía ya casi excesiva.

Olor de las ristras de flores de los castaños, que, traídas desde el bosque por el viento en espumosos remolinos, recorrían los prados. Arriba, en el cielo de lluvia, los vuelos esféricos, entrecruzados, de las golondrinas, tan en lo alto que parecían anticipar el azul y el sol. Pero ya antes, a gran altura, a mayor altura quizás que ahora y a velocidad vertiginosa, las golondrinas habían atravesado los aires y los tenebrosos bancos de nubes sacudidas por los rayos, desmintiendo así de la manera más simple el aserto de que antes de las tormentas vuelan a poca altura.

Desnudo como estaba salió al exterior. Nadie podía verlo, así lo había determinado él, y de todos modos. Donde

la hierba aún estaba tiesa, las espigas de verano, empapadas de agua, le rozaban las caderas y el vientre. Entonces, inclinándose, se lavó así las axilas, el rostro, los ojos y las orejas, el pelo. La lluvia seguía cayendo, uniforme y fuerte. Y en efecto, salía una fuerza de ella. Se volvía uno indomable en ella. La lluvia era caliente, y después de unos pasos, fría, luego caliente otra vez, y así sucesivamente. En la casa ya no necesitaría tomar una ducha.

Un gran pájaro oscuro salió de la masa de hierba y con un grito o un chillido se hundió como una flecha en el bosque, siempre en vuelo rasante, con lo que lo oscuro en él se transformó de golpe en amarillo. El actor había sabido alguna vez el nombre de aquel pájaro. Pero entretanto lo había olvidado, eso también era asunto decidido, como con casi todos los nombres. En cambio, iba tras él y le hablaba como apenas lo hiciera en tiempos pasados: «Oye, tú. No tan deprisa. ¡Si no te hago nada! Vuelve y deja que te cuente una cosa». Y como estaba acostumbrado a fijarse en su propia voz, le llamó la atención qué poco expresivo era su sonido. Las palabras dirigidas al pájaro eran lo primero que había hablado aquel día. Pero le pareció que no había sido el registro adecuado. Así pues, repitió esas palabras, lo intentó una y otra vez hasta que, cuando el pájaro de vientre amarillo había desaparecido hacía ya mucho tiempo, las palabras a él dirigidas y su voz se hallaron en una especie de armonía.

En la cocina estaba puesta la radio, a tan bajo volumen que otra vez se produjo una sensación de esferas, distintas por supuesto a las de las curvas de las golondrinas.

En ese momento, como ya antes, y otra vez y otra vez, leían las noticias internacionales, y las voces de los locutores, apenas audibles, o así quizás tanto más audibles, venían como del más remoto espacio cósmico, e iban dirigidas a otro universo. «Aquí Radio Venus.» «Aquí Radio Casiopea.»

Mientras escuchaba, se extinguió el murmullo de la lluvia, en un instante. Pero no, el murmullo había continuado con intensidad uniforme. Cuando se dio cuenta, apagó la radio y además sacó, no, arrancó el enchufe. Después él, que normalmente lo agarraba todo sin ningún problema, al extender la mano hacia el pan, se equivocó, y además varias veces. No sólo tanteaba sin encontrar: ni siquiera alcanzaba la hogaza, por mucho que se empeñara. Sus brazos habían perdido toda la fuerza: el derecho, con el que trataba de agarrar, y asimismo el izquierdo.

Eso continuó con otras cosas. La taza que quería acercar a él; la cuchara en el tarro de miel; la raja de limón; la flor en el florero de la mesa de la cocina; el libro abierto al lado del florero; ni siquiera logró tocarlo con la punta de los dedos, y mucho menos aún, agarrarlo. Él, maestro en la sucesión de movimientos –desde, digamos, cerrar de golpe los mapas hasta ponerse el sombrero, accionar el picaporte, dirigir por encima del hombro la mirada de despedida, en el vano de la puerta abierta mirar completamente en otra dirección, al final echarse al hombro la mochila o los arreos–, ahora, tal como estaba allí, en la cocina ajena, se hizo un lío con los movimientos, que eran más bien débiles conatos de movimiento, quiso pasarse

la mano por el pelo y ya abajo se hizo un lío con la hebilla del cinturón, mientras que la otra mano, no tanto cerrada cuanto crispada en el bolsillo del pantalón, allí metida no salía y no salía, tras lo cual ambas manos se cruzaron y, tal vez juntas las dos al final, fatalmente hundidas, acabaron metidas en el mismo bolsillo.

Después sin embargo, poco a poco, al actor le acometió una especie de risa exenta de alegría, como se lee en las novelas policíacas de Raymond Chandler. Al mismo tiempo, el sudor le afloró a la frente, le perlaba incluso el dorso de la mano. Cuando por fin se dejó caer en aquel taburete como preparado para él, la cabeza cayó al mismo tiempo hacia atrás, sobre la nuca, con tal violencia que pareció desprenderse de ella; como si hubiera recibido ese golpe en la nuca que mata al instante. Y él había estado tan orgulloso de su fuerte, de su indomable cerviz.

Ya sabía reír otra vez –como se dice de un niño–, pero la debilidad, clavada en lo más hondo del corazón, no se apartaba realmente de él. Temblaba. Él, que personificaba la ecuanimidad y la pesantez de la vida terrestre, estaba temblando. Durante sus años de embalsador al lado de su siempre impaciente, irritable e intransigente padre, para él había sido el nivel de aire el objeto preferido como útil de trabajo y, además, como una suerte de modelo: a esa burbuja de aire en el ojo del tubo, cuando, precisa y silenciosa, mostraba la perfecta horizontal, él la llamaba «burbuja de reposo», y una burbuja de reposo así la descubrió también en sí mismo entonces, o él mismo era el nivel del reposo: podía serlo o representarlo,

según convenía. Y así, a lo largo de las décadas, había incorporado su burbuja de reposo a su arte dramático, a su trabajo, y la burbuja había dado cada vez buenos resultados, como sólo ocurre con un instrumento de los primeros inicios de la vida.

¿Cómo volver a hacerla funcionar? Esperó. Tenía tiempo, sin duda (¿o no lo tenía?). Escuchó. La lluvia, la lluvia. ¡Que no cese la lluvia! ¡Que no se extinga el murmullo! Sí, oír, eso era. Y miró; miró alrededor, para lo que, como una lechuza, tuvo que girar la cabeza entera, los ojos permanecían por lo pronto inmóviles. Y cuando creía tener por fin la taza firmemente agarrada, se le cayó de los dedos y se rompió. Era su taza de viaje que llevaba con él a todas partes, en la ilusión de que el café, el té o lo que quiera que fuere sólo sabía bien gracias a ella, a su forma y su material, que eran como debían ser. Allí estaba en el suelo, hecha pedazos extrañamente grandes, caída de las manos en un último temblor. Pero el temblor, al fin y al cabo, no había durado mucho.

Unió los trozos, con un pegamento que había encontrado enseguida en la casa ajena. Sí, la casa de la mujer seguía siendo ajena, aunque desde hacía años pasaba en ella las noches, ajena en el sentido de que hasta ahora no había entrado en la mayoría de las habitaciones y no había abierto ni un armario ni un cajón. Luego cortó el pan, una rebanada perfecta, qué sonido fortificante, y habló consigo mismo en voz alta: «Ni un día sin cortar pan». Con ese cortar, ¡cómo formaba él una unidad con todos los anteriores y los materializaba de nuevo! (¿Tam-

bién con los que vendrían después? De eso ya no estaba seguro.) La taza quedó enseguida perfectamente pegada, y él arrojó el tubo en dirección al cajón que había quedado abierto: exactamente en su sitio. Y de nuevo para sí mismo: «En lanzamiento sigues siendo campeón, amigo. Deberías llamarte Lanzador con uno de tus apellidos de actor».

Música, ninguna. La música de la lluvia bastaba, sobre todo porque entretanto se había sumado a ella el viento, que llegaba a la casa desde todos los puntos cardinales. Ahora volvía a levantarse y, junto con la lluvia torrencial, azotaba la casa entera, en oleadas que aumentaban en intensidad. Ese viento, en torno a las paredes de la casa, batía con ímpetu, batía y batía. Y el hombre sentado a la mesa de la cocina dijo de nuevo en un monólogo en alta voz: «Ah, el viento, cómo zumba. En todo el entorno. En todo el orbe. Así pues, aún hay algo que hacer aquí. Algo que llevar a cabo. ¡Un viento así es un valor!». Una silla que había quedado volcada sobre la hierba, a saber cómo y cuándo, se enderezó de nuevo por obra del viento, y se mantuvo y se mantuvo derecha. ¿Pero eso era posible? Sí.

El actor hacía como si mascar el pan, como si cada sorbo que bebía, formase parte de la preparación de lo que le esperaba; como si comer y beber le ayudase a concentrarse. Sin embargo, en medio de esa ceremonia, se abrió de golpe la puerta de la cocina, que, como todas las puertas de la casa, no estaba cerrada con llave y daba directamente al exterior, al prado, y un hombre, a guisa de hombre de las lluvias –un hombre de las nieves, si lo hu-

biera, no sería nada comparado con esa figura—, empezó al punto a vociferar, deteniéndose en el umbral de la puerta, debajo del canalón: «¡Pero si usted no la quiere en absoluto! Yo, en cambio, amo a esa mujer, sí, yo. Deje en paz a mi mujer. Sí, a mi mujer. Porque un día ya no muy lejano, será mía. Mil noches ha pasado usted con ella y ni una sola vez ha sentido algo semejante al amor. Lárgate, fullero. Cede el puesto. ¡Esa mujer es mía, mía!»». Y dicho esto con un acento que quizás se debiera más bien a la excitación, el hombre de las lluvias cerró otra vez la puerta, con asombrosa suavidad, y desapareció. Poco antes de su aparición, el otro había sentido como una necesidad matinal de una primera silueta humana, a la que atenerse durante varios días, una suerte de «diapasón para la forma» (como hay un «diapasón para la música»). ¿Había sido el intruso una silueta así?

A continuación, mi actor siguió desayunando tranquilamente, tomó un bocado tras otro, bebió un trago tras otro. Ciertamente: no quería a esa mujer, y también se lo había dicho a ella, al principio, más tarde otra vez, y luego seguramente ya no hizo falta. «No te quiero.» Y si la primera vez ella quizás sí había escuchado, la segunda seguramente ya no. Bastaba con que ella amara y hablara de amor, y con que él consintiera en que así fuese. «Tú eres mi amante. Desde mi infancia eres la primera persona con la que soy como soy. Y en toda la comarca, en todo el país, nadie ha pasado más horas de amor en común que nosotros. Y cada vez hemos triunfado sobre el mundo. Le hemos dado una lección. Nos hemos vengado del tiempo, el prepotente, el aparentemente válido. Hemos

triunfado sobre él, y ha dejado de ser válido, se ha evaporado, y nosotros, nosotros dos, hemos pasado a ser ambos el mundo válido. Hemos pasado a ser y hemos sido lo que es el caso*.»

Y aceptó aquello, la aceptó a ella y se aceptó a sí mismo. Y a pesar de todo le faltaba eso, «el amor». Sin comillas: le faltaba el amor. Le faltaba cada día, a veces de un modo menos doloroso, a veces como el dolor de los dolores, de una manera u otra un dolor cotidiano. Esa falta de amor provocaba su indignación, también, ciertamente, contra sí mismo, pero en último término mucho más allá de su ámbito. Por lo demás, bien mirado, no era una falta lo que tanto le indignaba, sino más bien una ausencia. Una falta habría sido ya una modalidad del amor, posiblemente más amplia y más orientada al futuro que una real, accesible, por así decirlo, aprehensible, como si se dijera a un o a una ausente: «¡Te echo en falta!», y eso era una especie de amor. El amor no le faltaba. Estaba abominablemente ausente, y así también esa mañana, aquella mañana. «Y sin embargo eso es faltar», se dijo en voz alta a sí mismo. «Sin él, sin gozar ni siquiera un instante de la dicha de él, por él y con él, mi día no merece llamarse día y yo no soy sino un vulgar vagabundo. En cuanto a la quimera de la amistad, sin embargo, estoy encantado de haberme librado de ella para siempre.»

* El autor cita aquí una conocida frase de Ludwig Wittgenstein: «Die Welt ist alles, was der Fall ist»: el mundo es todo lo que es el caso (o «lo que acaece»). (*N. de la T.*)

Lluvia y lectura. El actor era un lector. Aunque el libro que había sobre la mesa de la cocina trataba de una especie de locura homicida, no lo leía con la intención de prepararse para su papel. Perteneecía al género de personas que nunca se preparaban expresamente para algo, y eso iba más allá de su profesión. Confrontado con un papel que iba a interpretar, intensificaba más bien el ocio, buscaba distracciones, dejaba correr las cosas, dejaba hacer. Visto así, tal vez era ésa su manera de prepararse, en efecto.

Al comienzo del relato, el hombre del que trataba estaba sentado desayunando, como el que ahora leía: cosa que a éste le traía sin cuidado. Él estaba leyendo, y entonces sólo era importante el relato, y desaparecía en él. Uno podía imaginarse al héroe del libro, que tomaba té y contemplaba un horizonte lejano, como a una persona llena de iniciativa. Ese día emprendería algo grande, pintaría el cuadro definitivo, apresaría al infanticida buscado desde hacía tanto tiempo, conocería a la mujer de su vida, atraparía en el aire a uno que saltaba al vacío desde una casa en llamas.

Como era casi de esperar en tales historias, el día dio entonces un cambio brusco, y fue debido a una sola pepita de limón, que al hombre se le cayó al suelo cuando exprimía la raja. Al agacharse para coger la pepita, se le escurrió, lisa y viscosa como era, de entre los dedos, y luego otra vez, y otra vez. Podría haber esperado a que aquel chisme se secara. Pero no: tenía que recoger al instante la pepita del suelo, había de ser ahora, le iba todo